

ENRIQUE LIHN:
UNA PALABRA QUE SE AJUSTA AL ABISMO

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Verónica Zondek
Valdivia, octubre-agosto 2018

Invitada a este Centro de Estudios para charlar sobre Enrique Lihn, mi primera inquietud fue desde dónde hablar para generar en Uds. un interés que los urja a leerlo. Decidí entonces, entregar algunas señas de lectura arrojadas en poderosos fragmentos poéticos de su autoría.

A Enrique Lihn se lo sitúa literariamente en la llamada Generación del 50, es decir la de poetas como Arteche, Barquero, Uribe, Alberto Rubio y Tellier y de narradores como Donoso, Giacconi, Edwards y Lafourcade. Nació y murió en Santiago de Chile y su vida transcurrió entre los años 1929 y 1988. Esto quiere decir que no alcanzó a ver cómo cayó el muro de Berlín ni tampoco conoció las circunstancias que paulatinamente descentraron la figura de Pinochet y le permitieron a Chile comenzar a moverse con una pizca más de atrevimiento y otras pizcas más de propuestas. Lihn fue siempre un “chico” apasionado y rebelde que escribió y actuó a contrapelo en medio de nuestra sociedad violenta, fragmentada, consumista y de feroces pero opacas guerras de intereses pecuniarios; un hombre llevado de sus ideas, un desinstalado y a la vez, un interesado en su entorno.

“El poeta no es ni un pequeño dios ni una pequeña República”

dice, y luego continúa diciendo quiero

“hacer en paz la guerra a medio mundo/ y a la otra mitad”

Así es como vivió toda su vida, agarrado a la palabra, comprometido y sin claudicar a su modo de leer la realidad. Ya a los 12 años dejó el colegio e ingresó con la ayuda de un tío a la Escuela de Bellas Artes lanzándose así a la vida cuando aún no era más que un niño. Dibujó, pintó, divagó por el Parque Forestal, trabó amistad con artistas plásticos y con poetas e intelectuales y comenzó una

vida de empecinada búsqueda y exploración. Esta capacidad activa e ineludible de observación y auto-conciencia lo hace decir

“Así me veo en el mundo de la fragmentación como un clochard escarbando en el basural de las palabras en el basural de las cosas/con mi saco de alma a la espalda./este monstruoso hongo que ha crecido a mis expensas esta joroba estos muñones de alas envueltos en trapos sucios embebidos de gangrena/que me cierra el acceso a lo real/que me cierra el acceso al mundo de la violencia./No he colgado los hábitos de la poesía, pero lo sé demasiado bien: ella no lleva a ninguna parte, por eso los arrastro lejos del falansterio,”

y

“Tierra de nadie soy uno de tus hijos ni el poeta de ayer ni el poeta futuro ni tampoco de los que se permiten el lujo de escapar la “intolerable condición humana”

Así, imbuido en el mundo y la realidad que lo circundó, pintó, construyó imágenes, instaló personajes y enhebró conversaciones con y desde su propio ser inquisidor, provocativo, irónico, honesto y escéptico. Desde ese andar por la vida, habitando sus rincones y sus calles, nos dice

“Me cae mal esa Alquimia del Verbo, /poesía, volvamos a la tierra.”

Su paso por el colegio de los padres alemanes en Bellavista instaló en él para siempre, la duda en las instituciones y sus dogmas. Del desajustado mundo familiar en el que le tocó vivir, pasó primero al mundo de las artes plásticas y luego al compromiso partidario, abandonando pronto a ambos para ser el solo dueño y Sr. de su consciencia y escenario. Y, a sabiendas o no, se convirtió en un hombre en movimiento y crisis permanente. Su paso y pasión por las artes plásticas será, sin embargo, una marca indeleble, tanto en las temáticas que abordará como en el modo de percibir el mundo. Sus letras se llenarán de escenas y escenarios y sus palabras de búsqueda y/o denuncias, son las que plasmará en todas y cada una de las escrituras que acometió. Nunca hará parte de un rebaño, pero tampoco querrá ser pastor o modelo de nadie porque como dice

“no se habla de la vida desde un púlpito/ni se hace poesía en bibliotecas”

y aunque esto parece un decir asertivo, Lihn sabe que

“Vives de lo que ganas, ganas lo que mereces, mereces lo que vives;/ has entrado en vereda con tu cruz a la espalda.
/ Hay que felicitarte:/ eres por fin un hombre entre hombres.”

Estas palabras dirigidas a un otro o a sí mismo, dan cuenta de que hubo momentos en los que alcanzó a sentirse parte de un colectivo. Mas su ojo está siempre atento y a disposición de la fiera y dolorosa duda que nunca lo abandona porque, aunque presintiera que

“en la profundidad de la ignorancia / suena una musiquilla verdadera”

no es capaz de agarrarla y construir certezas sobre ella. Y esta musiquilla que conlleva una cierta humildad, un estar dispuestos a escuchar, a dar testimonio de lo que acecha tras las máscaras no hace sino dejar a Lihn diciendo que

“Es una asfixia hablar, dar las explicaciones /que nunca aclararán nada, destruir/ con la palabra lo que se ha construido/ sin ella: el poema.”

Así, es el poema y sólo él, el lugar posible para asir aquello que en la vida se resbala por entre los dedos. Ese es el desasosiego que permea toda la escritura poética de Lihn, dejando un serio y lúcido testimonio de esto en sus libros, siempre munido de sarcasmo y parodia. La observación, la imaginación y la risa negra más el ímpetu por desacralizar las ideologías, las religiones o los proyectos totalitarios, son las herramientas que Lihn utiliza para desafiar la voz de el o los dictadores y sus sistemas unívocos y opresores, así como a los lenguajes solemnes y poseedores de la verdad que éstos instalan. Dirigiéndose a ellos y, estableciendo una distancia sideral con los mismos, dice

“Hombres al pie del pie de guerra con sus insignias y proclamas. / Menos yo en pie de qué, / en pie de poesía, en pie de nada”

y esto, por cierto, lo dice también en relación a los lenguajes poéticos de Neruda y Parra y sus fervientes seguidores. En palabras del poeta él no es más que

“un buen narrador que hace su oficio/ entre el bufón y el pontificador.”

A buen entendedor, pocas palabras porque

“El poema no escrito que se ríe del verbo/ paraliza mi mano sobre el papel en blanco. / La cabeza es un bosque, otra vez, y la mano, un insecto con el que juega la monstruosidad/ y de la lengua escapan las palabras que la acosan/ como de un pobre diablo sus sueños de grandeza.”

Y también respecto a la escritura, con una media sonrisa instalada en el rostro concentrado, dice

“Se juega al ajedrez/ con las palabras hasta aullar. / Equilibrio inestable de la tinta y la sangre/ que debes mantener de un verso a otro/ so pena de romperte los papeles del alma.”

Serio el asunto, y es por eso que la escritura lo salva de caer en los vicios que detesta tal como lo dice en estos versos de su conocido poema *Porque escribí*:

“Porque escribí no estuve en casa del verdugo/ ni me dejé llevar por Dios/ ni acepté que los hombres fueran dioses/ ni me hice desear como escribiente/ ni la pobreza me pareció atroz/ni el poder una cosa deseable/ ni me lavé ni me ensucié las manos/ ni fueron vírgenes mis mejores amigas/ ni tuve como amigo a un fariseo/ ni a pesar de la cólera/quise desbaratar a mi enemigo. // Pero escribí y me muerdo por mi cuenta, /porque escribí porque escribí estoy vivo”

Así, generalísimo destructor de los grandes relatos, Lihn asienta su voz en la experiencia y las emociones y aplica sin resquemor alguno el cuchillo de su lengua escrita. Consciente de esto como de casi todo, dice

“En el gran mundo como en una jaula/ Afino un instrumento peligroso.”

Sin embargo, conoce el peso del tiempo que a la postre coloca todo en su lugar y escribe

“Nada se pierde con vivir, ensaya. // Nada se pierde con vivir, tenemos/ todo el tiempo del tiempo por delante/ para ser el vacío que somos en el fondo. / Y la niñez, escucha:/ no hay loco más feliz que un niño cuerdo/ ni acierta el sabio como un niño loco”

porque sabe que montarse en el éxito, en la superioridad, en la carrera competitiva por llegar a dónde quién sabe, no es sino un sin sentido porque

“después de un breve viaje interminable/corto de revivir, largo de relatar/ te espera en ti la muerte, tu esqueleto/ con los brazos abiertos, pero tú la rechazas/ por un instante, quieres/ mirarte larga y sucesivamente/ en el espejo que se pone opaco”

Es obvio entonces que no puede ser de otro modo y que, si la vida le deshace el horizonte de las utopías, entonces a él no le queda otra que enfrascarse cada vez más profundamente en una escritura donde los fragmentos o balbuceos resultan ser lo único cuerdo, lo más sensato y verdadero. Es esta especie de frazada escritural armada a punta de retazos la que le entrega la movilidad que le permite crear un tiempo no cronológico donde decide hospedarse. Toda la poesía de Lihn, es en realidad una invitación a habitar de modo consciente dentro de lo frágil porque presente que ese es el único lugar donde lo humano y la ternura pueden encarnar. Ubicado allí, es que dice

“la palabra: este río a cuya orilla/ como el famoso camarón nos dormimos/ virtualmente ahogados en la nada torrencial/ Incapaces, incluso, de saber qué corriente/ y hacia dónde nos lleva”

es

“... difícil /acercar nuestra historia a la de otros/ podándola del exceso que somos,”

Ese es el meollo que lo lleva, que lo impulsa al lenguaje y convierte a este último en una herramienta-acción que le permite entrar en la realidad. Dice

“las palabras restituyen el poder de los hechos; ...”

Si no, claro, quedamos a la intemperie, a merced de las fuerzas del cuerpo o los cuerpos, al vaivén de las olas en donde nos movemos. Así, remata y dice que los poemas no son otra cosa que

“un puñado de palabras lectoras/ una hoja que lee su paisaje de letras/ arrastrada del viento, el azaroso”

por lo que queda claro que ese lugar que encuentra para sobrevivir con las carnes al aire, es el de la palabra. Sólo allí es posible pasear con una cierta hidalguía, porque

“...la mirada/ es sólo un escenario/ donde el espectador se mira en sus fantasmas”.

Entonces, siempre en movimiento, ya sea por la fuerza del viaje físico o imaginario, Lihn construye un país fabuloso donde el uso de la máscara y la contradicción sumados a su gusto por el juego, devienen todos en herramientas para la indagación a través de las cuales puede variar puntos de vista sin necesidad de justificación alguna. Y en eso consiste su libertad que además nunca traiciona la realidad de los hechos porque en ese caso, lo único que resta es hacer abandono de la cancha. Dice

“VIGILANTES Y VIGILADOS/ Perseguidos y perseguidores/ Poseedores y desposeídos/ Agredidos y agresores/ Degolladores y degollados/ Allanados y allanadores/ Venid y va-á-mos to-ódos.”

Esta certeza permanece a pesar de la duda, la crítica y el desaliento. Es como si se solazara en esa convicción y encontrara allí un cierto modo de seguir viviendo. Una cierta felicidad, porque

“Ser la nada del no ser o ser la nada del que somos; polvo e incluso polvo que nunca en nada llegará a convertirse/ y vivir en cierto modo de esa ausencia que se adelanta/ constantemente al futuro porque somos esa ausencia.”

Y entonces

“... ¿hacia dónde volar con estos muñones de alas?”

Esa es la búsqueda, el motor que lo impulsa a vagabundear o a enfrentarse a la página. Todo lo deposita en la escritura donde se encuentra con

“los monstruos que engendra el sueño de la razón.”

Es que, no es capaz de engañarse o engañar y entonces dice

“... escribí: tuve esta rara certeza/ la ilusión de tener el mundo entre las manos”

porque la vida no es sino la vida y el resto, piensa, un constructo de la memoria. Lo único cierto es lo que se vive. Por eso

“Aquí tienes la vida bajo su única forma: el momento que vives, el día de mañana. / En todo lo demás te engaña la memoria, sólo la tierra recuerda a lo vivo.”

Nosotros no sólo elegimos o inventamos lo que queremos recordar. Así

“La mariposa no puede recordar que ha sido oruga/ así como la oruga no puede adivinar que será mariposa/ porque los extremos del mismo ser no se tocan.”

Entonces, salvo el hecho de que viene quién sabe de dónde y va hacia la nada oscura y desconocida, Lihn no se las juega por certeza alguna, excepto la de mantener siempre una ética implacable. Es por eso que la muerte, ese estado que ronda en su poesía a partir de los primeros escritos, es para él una forma de habitar el contenido, de encontrar un nicho donde descansar y dejar de vagar, de abandonar la extrañeza que le provoca la caminata por la vida. Nunca mejor dicho que en los siguientes versos:

“La fermentación de las aguas del tiempo que se enroscan alrededor del detritus/como el caracol en su concha/ el éxtasis de lo que por fin se pudre para siempre.”

Ese sentimiento intenso de ser un extraño, que, resulta ser amable mientras deambula y odioso y angustiante cuando se detiene, resulta ser, aparte de la muerte, su única otra convicción. Esta manera de ubicarse en el mundo está profundamente enraizada en su concepción del tiempo y en la insignificancia radical del individuo. Porque nada lo aleja del enfrentamiento con la vida dice, sencilla y directamente a la vena, estoy

“..., consciente del misterio/ por el que todo es finalmente nada.”

Ese flujo irremediable se materializa en la muerte, por lo que no le resta otra casa propia que el país del lenguaje en el cual logra enhebrar una red que lo contiene. Allí padece la historia, la grande y la chica; allí, en ese gran margen que construye con sus escritos, se solaza con los *outsiders* que va topando en el camino y con los cuales necesariamente se identifica.

“ESCRIBO PARA DESQUITARME de la inacción que significa escribir/ Escribo como alguien compra un número de la lotería atrasado/ Escribo de parte de los perdedores para la mortalidad/ Escribo sin voz por amor a la Letra/ Escribo, luego el otro existe.”

Nada gana con hacerse ciudadano de ese lugar. Mas allí, puede exponer su integridad de pensamiento y compromiso con la verdad desnuda de los hechos, y no doblarse la mano. Poseionado de su estar ‘fuera de’, con ser el rey en un país extrañamente íntegro y solitario, no

duda en dispararse a los pies y dar esas puntadas sin hilo que Pedro Lastra ya describió tan bien. Es decir, sin otro interés que decir lo que dice. Sin medir las consecuencias. Y esto porque Enrique Lihn prefiere que

“Dios me libre de ser escrito con sangre por uno de esos autores no identificados/ Que filman y escriben en vivo y en directo/ En sus cárceles secretas/Son esos los que no me dejan dormir tranquilo”

a entregarse al veneno del poder que lo ubica frente a un espejo donde no puede mirarse sin sentir vergüenza. En búsqueda eterna de lo que se le escapa, esta insistencia se manifiesta en su atormentado deseo de anotar la condición humana, es decir la propia, también en ese último viaje en el que se embarca al escribir en *Diario de Muerte*. Por eso puede decir

“Pero lo único recomendable para el aprendiz es que observe “su vida fuera de su vida/ Como lo que fue tantas veces. Un cuadro inerte simulando un paisaje/ un fantasma de poca monta haciéndole el gesto de una persona/ en situaciones que no eran lo que parecían”

Poeta de la extrañeza, de la hiper-sensibilidad y la hiper-visión, Lihn como ya lo dije, indaga y toma apuntes en torno a la capacidad reflexiva del lenguaje, en torno al viaje y al ojo que ve y denuncia casi hasta el día de su muerte. Y por supuesto, allí está la palabra que no suelta su presa y la ironía que nos dice que

“no hay lectores en el más allá”

porque sabe que la muerte

“es el sueño de la letra donde toda incomodidad toma su asiento”.

En esa estancia late su propio silencio, no acá donde habitamos los vivos. No obstante todo su escepticismo e ironía, ya a punto de morir y en una visión que imagino feliz, alcanza a vislumbrar que llegará su tiempo y tendrá lectores. Por eso escribe

“Después de haber escrito por una cincuentena/ nadie – ni yo mismo – puede mezquinarme un espacio / (el arte es una larga impaciencia).”

Enrique Lihn, es pues, en definitiva, un poeta instalado en la pregunta, incansable en la escritura y en la necesidad de abordar lo humano desde la poesía, el ensayo, el teatro, la novela o el comic. Crítico a rajatabla, participa de la vida haciendo clases y diarios murales, viaja, hace performance, ocupa los espacios públicos, ama, dibuja, conversa con los amigos y quienes lo buscan sinceramente. No es un recluido ni un mudo y posee un desarrollado sentido de la realidad y los derechos humanos básicos y esenciales. No calla cuando tiene algo que decir y busca encarecidamente salir del extrañamiento y el dolor, aunque no lo logre salvo por momentos felices y fugaces. Habita y transita la ciudad y sus contertulios. Los interpela y se interpela. No es posible leer a Lihn y quedar indiferentes. No es posible leerlo y hacer oído sordo a nuestro entorno. El que sea un poeta político y existencial a la vez, observador y crítico, es lo que lo convierte en un escritor indispensable en medio de un sistema que nos borra lo esencial y nos vende por sobre todas las cosas, la pomada del éxito como sinónimo de felicidad.

La palabra, su dificultad, lo que ésta nos puede develar, es para mí, la herramienta indispensable que Lihn nos presta en su afán de vida porque sabe que no hay escapatoria. En sus palabras y, para terminar

“porque de la palabra que se ajusta al abismo/ surge un poco de oscura inteligencia/ y a esa luz muchos monstruos nos son ajusticiados.”